



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9992

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción se pagará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

VIERNES 22 DE FEBRERO DE 1895

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil pago.—Corresponsales en Paris, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

SASTRERIA DE JUAN DIAZ

Sociedad en Comandita.—Mayor 31

Como fin de temporada se liquidan las existencias de invierno con un 50 por 100 de rebaja en los precios establecidos.

Trajes hechos y rusos para niños á precios convencionales.

Capas bien enteras embozos de novedad á precios sin competencia.

31.—MAYOR.—31

TRASLADO

El MUSEO COMERCIAL hasta ahora establecido en la Puerta de Murcia, Pasaje Coneza, se ha trasladado enfrente plaza de Castellini, número 12, bajos del Circulo Católico.

¿Crisis de humor?

Erárase muy cerca de las ocho de la mañana cuando un buen amigo mío y el que suscribe nos dirigíamos á nuestros domicilios después de haber asistido al baile dispuesto «según tradicional costumbre» por una asociación que se llama de Escritores y Artistas, y celebrado en el teatro Real de esta villa y corte.

Y decía mi amigo y acompañante: —No sé, no sé á qué atribuirlo. A veces pienso si el prisma del tiempo, á través del cual miramos las cosas, hará que muchos de estas las vemos negras y sombrías, cuando antes las veíamos sonrosadas y luminosas. Y otras veces digo que así como en indumentaria, en costumbres, en temperamento y en aficiones se transforman las razas, bien pueden transformarse así mismo en punto á buen humor. Porque recordas aquellos tiempos? ¡Como nos divertíamos en los bailes de máscaras! ¡Qué afán el nuestro por conquistar mujeres y darles esquinazo, así que el cartelillo de la or-

questa decía: «descanso.» fatídica palabra que equivallia á esta otra no menos abumadora «Cena.» Y todo era alegría, todo era expansión, todo era buen humor. Ahora, un baile como el que acabamos de presenciarse, pierde sus características de bullicio, de ruido. La gente dijérase que más que á un baile va á un entierro y que espera el intermedio para despedir el duelo en el foyer. Ni se dan bromas de ingenio ni se ven disfraces de gusto. Ni surgen aventuras misteriosas, ni siquiera se dan sonoras bofetadas. ¿Qué es esto? ¿Una decadencia de la fiesta? ¿Un síntoma de tristeza general? ¿Una crisis aguda, y como tal irremediable del buen humor? Sí; esto último es seguramente. Los jóvenes de ahora no son como nosotros fuimos. ¿Qué tiempos, aquellos tiempos nuestros!...

Y yo contesté á mi filósofo amigo: —Sí, hay una crisis. Pero no es de humor precisamente ni de alegría. Lo que hay ahí, amado Teófilo, es una espantosa crisis de dinero! ¡No se vé ni en las nubes, una sola peseta!...

CALIXTO BALLESTEROS.

TIJERETAZOS

De «El Herald» recortamos la siguiente noticia:

«Ha entrado en Galeras el crucero de guerra español Galicia.»

Aunque el barco á que «El Herald» se refiere se encuentra cerca de nosotros ignorábamos que hubiera sido enviado á presidio.

¡Ah! Conste que el «Galicia» no es crucero.

Español sí es. En eso no se ha equivocado «El Herald».

El corresponsal de «El Diario» de Murcia en Madrid escribe al citado periódico dándole cuenta de hallarse en la corte el alcalde de La Unión D. Jacinto Coneza.

Nadie sabía que dicho señor fuese al caldo.

Ni el mismo interesado; que será el que más se admire al leer la noticia.

«El Estándarte» habla del armamento militar del «Filipinas».

¡Lástima que no se le haya ocurrido hablar del armamento civil!

En un felato de Cádiz ha sido detenido un sujeto llamado Carne.

Querría entrar de matute el apellido, y por eso.

Dice «El Imparcial» que lo de la zona neutral de Melilla no está claro.

¿Qué ha de estar?

Como que hace unos días estaban abriendo trincheras los moros en la zona.

Estos reporters son terribles.

No solo nos dan cuenta de lo que realmente interesa,—que es el estado del Sr. Ruiz Zorrilla—sino que nos hacen una descripción invidiosa del traje que viste.

¿Qué tendrá que ver el pantalón de cuadros y la gorra de viaje con la salud de Zorrilla y el porvenir de su partido?

En Bollullos de la Mitación, pueblo de la provincia de Sevilla, se han casado un viejo y una vieja.

Los contrayentes han sido agasajados con una concurrencia monumental.

No podía ser de otro modo.

Solo el nombre del pueblo incita á tocar el almirez cuando alguno se case.

Aunque sea joven.

NOTAS

«La Gaceta» recibida hoy publica el Real Decreto suprimiendo los derechos de exportación á los plomos y galenas argentíferas.

Si al suprimir estos derechos, no se reducen los demás impuestos que pesan sobre la minería, es decir queda intacta la abrumadora carga del 2 por 100 con que contribuyen las minas, y el 30 por 100 con que se aumentó el canon de superficie, muy poco habremos conseguido en beneficio de tan abatida industria.

La sola supresión de los derechos de exportación á los plomos y galenas argentíferas; no mejora en lo más mínimo la azarosa situación de los mineros de modesta fortuna, y del trabajador que luchando con las contrariedades de la suerte espone y compromete su vida.

La minería está codiciosa de una protección porque en vano se clama.

Necesita que se le liberte de los onerosos tributos que se le imponen y que se rompan los eslabones de la cadena de apremios fiscales de que es víctima, suspirando por una libertad de acción que le facilite su marcha y desarrollo.

La crisis minera subsistirá, si no se suprime desde luego el odioso tributo del 2 por 100, y la disminución del 30 por 100 que tiene de justificado recargo el derecho de superficie, respondiendo de esta manera al unánime clamor de la industria minera, que abraza la aspiración de que se hagan desaparecer esas dos cifras del presupuesto de ingresos.

Esto es lo que la minería pide.

Lo hemos dicho y lo hemos repetido en distintas ocasiones, sobre todo en esta última época: La guardia civil trabaja sin descanso y con su actividad,—probada siempre, pero manifestada ahora de un modo extraordinario—se está haciendo acreedora al aplauso público.

Desde que á primeros de mes se extendió la noticia de que se daban algunos atracos, el trabajo de los guardias acreció de un modo extraordinario hasta el de ser incomprensibles cómo siendo tan pocos están en todas partes. Y su campaña ha sido y es tan beneficiosa, que no tenemos noticia de que haya habido nuevas ratérias y nuevas sorpresas. Debido á esto, la población, especialmente la del campo, ha recuperado la tranquilidad perdida, y descansa con confianza en esos centinelas del público reposo, que se llaman guardias civiles.

Pero ¿durará mucho tiempo este estado de cosas? ¿Podrá seguir prestando la benemérita el trabajo abrumador que sobre ella pesa? ¿No se rendirá á la fatiga?

Hasta ahora no se ha rendido; pero es evidente que se rendirá. Después de este estado de movilidad vertiginosa á que se encuentra sometida, vendrá el natural cansancio, que no podrá ser vencido

aunque la voluntad de los guardias sea de hierro.

Restar horas al sueño para dedicárselas al trabajo, se puede hacer durante una semana ó dos, durante un mes si se quiere, pero no por más tiempo, por que al fin los nervios nos avisan, rindiéndose al cansancio, que hemos abusado de ellos desconsideradamente, sometidos á un trabajo muy superior al que pueden resistir.

El personal de esta puesto de la guardia civil es poco numeroso y por serlo de nada servirán los buenos deseos del juez y las buenas disposiciones de aquel personal; por que llegado el momento del cansancio, del aplazamiento, de la fatiga insuperable, algo habrá de quedar desatendido.

Y lo que decimos de la guardia civil debemos decir también de la guardia de vigilancia. Cuatro parajas de ese instituto tiene á sus órdenes el inspector Sr. Soto. De esos ocho hombres hay que distraer dos para la Unión, uno para escribiente y otro para ordenanzas quedando solo cuatro para prestar servicio día y noche.

¿Es esto posible? De ninguna manera. Cuando la policía es tan escasa ¿ha lugar á formulan quejas por que el servicio resulta deficiente? De ningún modo. ¿Podrá aguantarse que no en un punto, para evitarlo, allí donde se trata de cometer un robo, de dar un atraco ó de librar una pelea? Eso sería lo mismo que obligarles á que fuesen como Dios que se encuentra en todas partes.

El número de guardias de vigilancia que corresponden á Cartagena no está completo; por lo mismo hay que hacer comprender al señor gobernador y al ministro de la Gobernación que es escasa la policía de Cartagena, á fin de que el primero aumente los guardias de vigilancia y aumente el segundo la guardia civil.

VARIEDADES

Carnestolendas.

Lector, ya viene, ya se acerca con sus acordes de estudiantina; ya sus carrillos ensancha como que es un tuzante de tomo y lomo.

EL HILO DEL DESTINO. 287

que María se estremeció y exhaló un ahogado grito. Los ojos de Julián se fijaron esta vez en el rostro de su hermana: fijos, inmóviles, quiso comunicarle con su expresión la irrevocable resolución que tenía formado de no dejarse convertir.

María lo comprendió; pero valerosa y esforzada es ta alma caritativa, no perdió aun la esperanza de conseguir su intento y volvió de nuevo á la porfía.

—¿No me quieres ya?—dijo.

—¡Esto más!—exclamó Julián alzando los ojos y manos al cielo.—¿Tú también dudas... y del único buen sentimiento que en mi corazón aún queda!

—No, no dudo ya de él al escucharte—contestó María abrazándolo con efusión.—Me quieres, sí, me quieres, y ahora me vas á dar una prueba de tu cariño; ahora me vas á decir que nunca, nunca más me volverás á afigir; que nunca, hermano mío querido, te volverán mis ojos á ver como anoche te vieron. Dímelo y no volveré á dudar de tu cariño.

—Lo juro—exclamó el hermano.—Te lo juro por lo más sagrado, por la memoria de nuestra madre, que jamás en semejante estado me verás; porque al hacerlo me fatigó á mí mismo, y el mal estar que he experimentado, me cura para siempre de esa lecura. Pero María—agregó en acentos tan duros, tan resueltos que le causaron espanto á la pobre oyante,—te prevengo que nada más me pidas. Que nada indagues,

286 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

¡Imaginaciones fogosas, imaginaciones adelantadas que no os sujetáis á las leyes de la razón, que os sobreponéis hasta á los más fuertes, á los mejores sentimientos del corazón, á cuánto no exponéis al individuo!

¡A la pérdida irreparable de su tranquilidad, de su felicidad y á la de los que los rodean, al naufragio irremisible de los mejores afectos del corazón, á la exposición de los mayores peligros morales, hasta al riesgo de la perdición del alma!

Esclavo de una imaginación volcánica, víctima de ella el pobre Julián como un demente, desatendía á toda otra llamada más que á la de su más cruel enemiga.

Por eso, aunque sus bazañas del día anterior le llenaron de confusión y vergüenza; por eso, aunque las palabras de María pulsaron las cuerdas más sensibles de su corazón, y la voz del cariño y de la virtud agitó las aguas de ese corazón, todas estas sensaciones pasaron por él como un meteoro por el espacio, y la dura y estóica voz de su imaginación estraviada, sofocó toda otra llamada y venció en la porfía.

—¿Nada me dices?—persistió María.

—Nada—contestó Julián.

Y como concentrando todas las malas pasiones que en aquel momento lo combatían en esta sola palabra, su voz, al articularla, fue de tan disonante timbre,

EL HILO DEL DESTINO. 283

ciencia género de disciplina mayormente pensando, con vergüenza, en el dolor y bochorno que causara á la hermana que tanto le amaba.

Grande había sido este dolor; grande este bochorno.

Ella tan para, tan noble, tan «espiritual», tan libre de todo ciego terrenal, vio á su hermano amado hecho un irracional, y quien haya experimentado la sensación profunda de desilusión, de vergüenza, de ira también, que el espectáculo de una persona amada beoda produce en el corazón, podrá darle todo su valor á lo que por María pasó. Julián sabía que no tardaría en verla presentarse á sus ojos; y cuando la vio entrar en el cuarto con lentos pasos y decido semblante, se cubrió el rostro con las ropas de la cama, lleno de confusión y vergüenza.

Su hermana le llamó.

A esta dulce voz respondió el ahogado joven con un gemido.

—Hermano mío—repitió ella.

Y otro gemido, halló por respuesta, con la vergüenza dominando á Julián y obstinadamente cubriéndose el encendido rostro.

La machacó, fuertemente, separó la ropa y con violencia se incorporó en su hermano en el lecho.

Ambos se miraron en silencio y se comprendieron. ¡Mujer! La naturaleza te ha concedido dulzura, elocuencia, el don de la persuasión; no es pues tu